

12 de Mayo de 1966

Sr. d. Julián Gorkin  
PARIS

Querido amigo:

Recibí tu carta del 4 de Mayo. No es cierto que yo "ande propalando" que el equipo de MANANA "prepara la transición española al servicio o bajo la dirección de la C.I.A.". Tenía, eso sí, de antiguo, el convencimiento de que las sociedades culturales o los sindicatos que financiaron o financian el Congreso por la Libertad de la Cultura, los coloquios de Munich, MANANA y otras actividades político-culturales, son organismos más o menos vinculados a la Administración americana. Pero no lo propalo sino que me limito a decirlo en la intimidad cuando viene el caso; ni lo censuro. Un Estado con responsabilidades universales tiene no sólo el derecho, sino el deber de fomentar instituciones y actividades encaminadas a orientar o ilustrar a la opinión mundial, en servicio de los altos fines de su política.

Lo que yo lamento y censuro es que esa política, que en principio aplaudo, se orienta con harta frecuencia por derroteros que, a mi modesto entender, no conducen a nada útil o desembocan en el abismo. Te enviaré algunos de los numerosos artículos de prensa en que, desde hace muchos años, vengo exponiendo y razonando esta discrepancia mía con la táctica -no con la estrategia de los dirigentes americanos.

Dirás que quién soy yo ni qué autoridad tengo para formular semejantes censuras. Y yo contesto que soy un liberal y democrata militante, defensor e identificado de siempre con la civilización euramericana y, por lo tanto, moralmente obligado a opinar en una cuestión que atañe a mis más arraigadas convicciones.

Te adjunto una carta que recibo hoy de Roma, como testimonio fehaciente de que no sólo no propalo especies peyorativas para vuestra actual empresa de MANANA, sino que, como hice en su día con CUADERNOS cuando empezasteis a publicarlo, me afano por difundirlo entre mis amigos, pues que en mi ánimo y conducta prevalece la conformidad en los principios sobre la discrepancia en la táctica.

También yo lamento como tú que nos hayamos quedado estancados en 1962 en el camino que Munich había abierto al europeísmo español; pero discrepo de tu parecer cuando descargas en el exilio la responsabilidad del atasco. Tu inculpación, permíteme que te lo diga, me parece apasionada, parcial e injusta. Entiendo, por el contrario que el exilio -comenzado por el Gobierno republicano, y ello debido en buena parte a mi acción personal- avanzó desde el primer día abiertamente y sin regateos hasta el límite de las concesiones que permitían el honor, el patriotismo y la eficacia. El adjunto folleto te probará hasta qué punto los exilados hemos hecho desde hace muchos años la renuncia de todo lo que permite el honor que en este caso se indentifica con el patriotismo. Y ese límite es el respeto a la voluntad nacional, sin lo cual todo intento de instauración o restauración democrática sería una farsa indecorosa en los inicios necesariamente trágica en el desenlace. Y sacrificamos en aras del pa-

triotismo las limpias ejecutorias de la legitimidad republicana. El atasco proviene de que no ha habido igual renunciamiento por parte de las demás legitimidades e ilegitimidades.

Lo que ha venido ocurriendo desde 1936, lo que ha perpetuado a Franco en el poder, es que las demás fuerzas políticas y sociales no siguieron nuestro ejemplo. Y cuando al cabo de los años se acercan a nosotros, o consienten que nosotros nos acerquemos a ellos, lo hacen con la pretensión vana de que nos impliquemos en la instauración, restauración o institucionalización de éste o el otro régimen, escamoteando la consulta a la soberanía nacional, es decir, mintiendo al pueblo y a la historia.

No digo que no pueda ser ésa, a la postre, la transición que la historia nos reserve del franquismo a lo que suceda; lo que sí digo es que eso no se hará con nuestro consentimiento. Aunque nos quedemos solos y anatematizados en el exilio; porque (como dicen que replicó el General De Gaulle al Presidente Roosevelt cuando le amonestaba para que se aviniese a la continuidad de Petain o de sus sucesores en la Francia liberada) hay una cosa que se llama el honor. Y podría añadir también que porque la su-plantación de la voluntad nacional en el acto fundamental de ejercitar la facultad constituyente, sin la cual toda democracia es una mistificación, no sería tampoco el camino práctico de la paz, de la prosperidad y la convivencia.

Ya en Munich se volvió a plantear este conflicto. Se nos traía de España un proyecto de declaración en que, sinuosamente, se nos quería arrancar el asentimiento a una forma de democracia en que hubiera un Parlamento de elección popular, lo que por la tácita equivalía a decir que las otras instituciones podrían no tener el mismo origen, ya fuera el Rey, ya la continuación del poder ejecutivo franquista. Con lo cual, de no haber reparado nosotros en las implicaciones de ese proyecto de declaración, habría resultado que el exilio republicano se avenía ante el Congreso del Movimiento Europeo a la restauración de la Monarquía o a la democratización de Franco.

El coloquio estuvo a punto de terminar en fracaso y ruptura, lo que habría sido un triunfo aplastante del franquismo, ante la insuperable discordia de las fuerzas democráticas. Venturosamente yo apunté, Madariaga recogió y entre todos perfilamos la fórmula conciliadora de "un Gobierno que cuente con el asentimiento del pueblo", con lo que se sorteaba sin resolverla la dificultad y el obstáculo permanente que desde hace más de veinte años viene retrasando el acuerdo del exilio con las nuevas fuerzas democráticas del interior; desgajadas o no del régimen franquista.

Y después de Munich hemos seguido tropezando en la misma piedra. Tal es la causa del estancamiento que ambos deploramos. Todavía recientemente, cuando don Juan de Borbón, con sus consejeros, auténticamente demócratas, que los hay, se aviene a proclamar que "en nuestra época la Monarquía no podría realizar eficazmente su augusta función sin la aquiescencia previa del pueblo español" el Consejo privado publica el discurso de su soberano enmendándole la plana y sustituyendo lo de "previo" por "explícito". Lo que en romance paladino quiere decir que los Consejeros de abolengo franquista privan en la antecámara regia y aspiran a restaurar la Monarquía previamente a la consulta popular, tal vez con el no confesado propósito de preparar luego unas elecciones amañadas para legitimar la restauración, adulterando la voluntad nacional que es una manera cínica y cobarde de voluntarla.

Y eso es lo que no debe ser, ni puede ser, ni será. Porque una de  
dos, o España es un pueblo muerto que se resigna a la suplantación, y en-  
tonces lo mismo da que siga Franco o que venga un Rey; o España es un  
pueblo vivo, y entonces, la suplantación desembocará fatalmente a la  
larga en tragedia. Y lo que nuestra patria necesita no son li letargos  
ni paroxismos, sino paz, orden y trabajo, en una palabra, continuidad,  
para crear y consolidar la prosperidad, la libertad y la justicia.

Sentiré que te enfades. Yo no aspiro con esta carta sino a que me  
comprendas, y a que comprendas y justifiques el exilio, al que a mi  
juicio tan injustamente condenas, y a que me conserves la amistad que te  
profesa tu viejo amigo,

*Valera*